

LA EDUCACIÓN COMO PATRIMONIO DE LA PERSONA

¡Fac sapias et liber eris!

(“Consigue saber y serás libre”)

JAVIER S. MAZANA

Doctor en Medicina, Académico y discente

Cada vez más la cultura va perdiendo su papel humanístico a medida que “ganamos” en tecnocracia. Los llamados medios de comunicación social de masas van imponiendo hegemónicamente sus eslóganes mercantilistas buscando casi siempre una rentabilidad económica. De este modo, inmersos en una sociedad de consumo, las técnicas subliminales del marketing nos bombardean con constantes reclamos publicitarios para regalarnos el “paraíso” de la felicidad con un coche de fantasía, un chalet cibernético o un viaje exótico ultramarino. Lo triste es que muchas personas se “enganchan” a esos mensajes haciendo propia su filosofía escapista.

El mundo que nos está tocando vivir, abocado irremediabilmente al progreso tecnológico, está haciendo perder al hombre su natural quintaesencia. En gran medida, se valora a las personas por lo que tienen, contante y sonante. Y, qué decir del influjo de la imagen corporal sobre nuestras opiniones y consideraciones ajenas. No se aprecia el talento, al margen de la antropometría heredada, y sí sólo la cantidad y distribución de la grasa parda, la fotogenia, la cosmética, la fisiognómica, la belleza externa epicúrea y otras bagatelas. Pero, ciertamente, la verdadera riqueza del ser humano no radica en el poder crematístico que lo cosifica anulando sus expectativas de trascendencia. El auténtico activo de la persona nace del placer intelectual, de la actitud para extasiarse ante la contemplación serena del cosmos y la naturaleza que estimulan el intelecto y de su capacidad para querer y ser querido. Decía Baltasar Gracián que “el saber y el valor contribuyen conjuntamente a la grandeza”, haciendo inmortal al hombre, a su espíritu, pues el ser humano sin conocimientos ni sensibilidad es un mundo a oscuras, carente de juicio y fortaleza.

El término de cultura se asocia más bien al de acervo, conjunto o bagaje de conocimientos sobre materias variadas que se imparten en los centros docentes durante los años colegiales. Más importante nos parece, empero, la noción de educación. Hay una definición de la misma, que me parece especialmente reveladora y nos invita a unos momentos de reflexión, y que he tomado del *Diccionario de uso del español* de mi paisana María Moliner. La transcribo a continuación en su acepción más frecuente: “Educar es preparar la inteligencia y el carácter de los niños para que vivan en sociedad”. Ocurre, paradójicamente, que el aprendizaje o enseñanza es para la escuela cuando, como decía el gran pensador Séneca, debería ser para la vida. Nuestra sociedad actual no es, afortunadamente, la de la Edad Media y por ello, en materia educativa, hay que desterrar o erradicar cualquier sombra de escolasticismo rancio. Sin embargo, uno tiene la sensación de que los niños y jóvenes

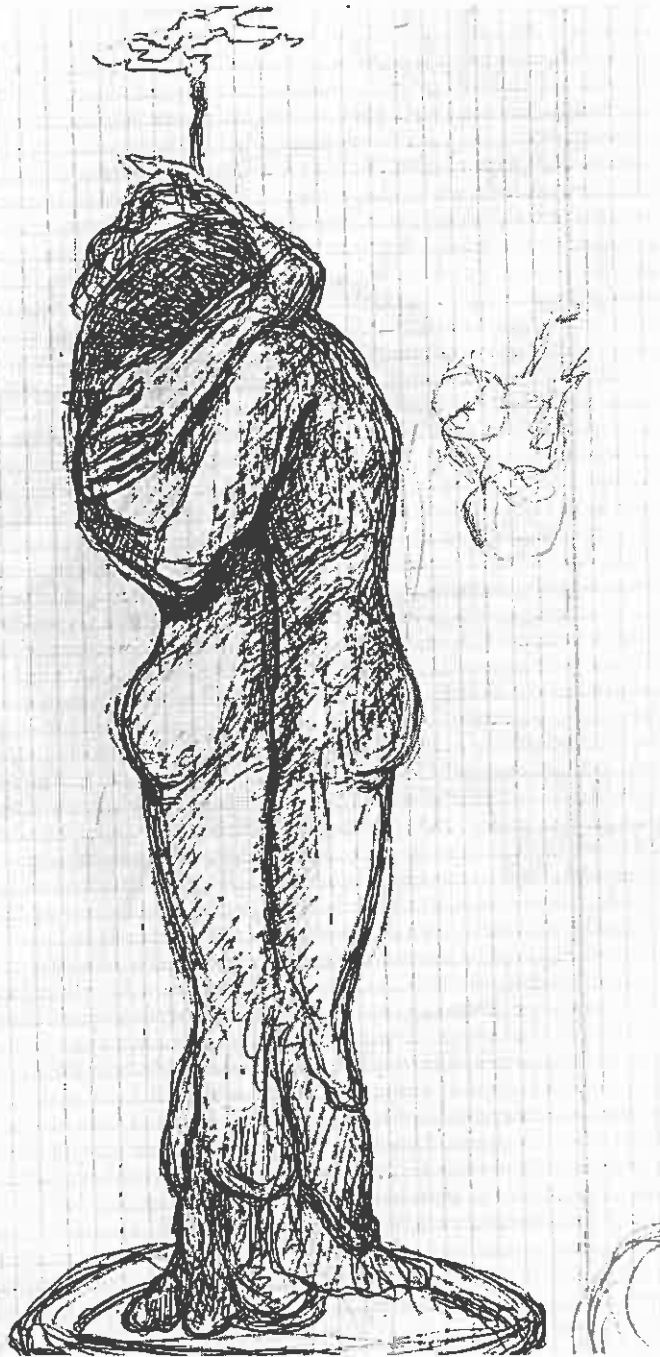
saben cada vez menos y no es únicamente que tengan mucha menos cultura que antes, sino que, y eso es lo más preocupante a mi modesto entender, carecen de un espíritu crítico y una capacidad lógica, argumental y de abstracción necesarios para la madurez y autonomía que se espera alcancen algún día para vivir en sociedad y contribuir a mejorarla en su alícuota parte.

Hoy en día, es difícil mantener una conversación intelectualmente atractiva que no centre el interés de los interlocutores en pasarelas de moda, chismorreos, o

simplemente en temas intrascendentes o superfluos. El llamado "progreso" nos acerca a pasos agigantados hacia la aculturación, la despersonalización, la pérdida del individualismo en un sentido positivo de identidad enriquecedora y creadora. Falta una conciencia crítica viva en los habitantes de esta "jungla jurásica", reflexión cabal para rescatar la inveterada cultura del humanismo perdido y volver a recuperar el sentido de la propia autobiografía. Ésta consiste en el desarrollo de nuestro proyecto vital, en la *aspiración a ser mejores* y a hacer un mundo más justo y habitable. Lo que en realidad está consiguiendo esta sociedad de consumo materialista es ahondar en las diferencias sociales entre las personas, generando falsos modelos o paradigmas de autorrealización personal.

La cultura alimenta el espíritu, mejora la autoestima personal y la inteligencia emocional y nos hace ser más tolerantes en las relaciones humanas. Ciertamente que el saber ocupa lugar y un lugar que debería ser preeminente, pues la educación y la cultura enriquecen el trato humano y lo hacen más subyugante o cautivador. La influencia mediática de

la televisión, esa especie de caja misteriosa hipnotizadora que anula nuestros sentidos, está contribuyendo decisivamente a destruir la imagen de la cultura como un bien imperecedero, patrimonio de la humanidad. La invasión de la prensa amarilla y los programas eméticos de telebasura, donde la información que se nos ofrece nace del



oroval

puro chismorreo, chafardeo y cotilleo espúreos, roban impunemente el tiempo de ocio (no negocio) para el cultivo de la cultura. Hemos dado un salto abismal hacia atrás en el tiempo volviendo a la época del floreciente hedonismo, en el que se valora más el físico que el mobiliario de nuestra mente y la sensibilidad de nuestro espíritu. La cultura parece hoy más que nunca terreno abonado a unos pocos, que se constituyen *velis nolis* en una élite intelectual. Los niños y los jóvenes son las víctimas de esta situación propiciada y consentida. Inculcarles el amor por el estudio (“*el querer saber es la suprema erudición*”) sólo es posible con una buena pedagogía que conozca del valor docente de la enmienda (“*la corrección es, con mucho, la parte más útil de la enseñanza*”), con energía y suavidad, con mucho interés y gran dedicación y cariño vocacionales, evitando los castigos, represalias y otras estrategias inadecuadas.

La sociedad fomenta una competitividad malsana entre los estudiantes, obligándoles a prepararse para un futuro laboral resolviendo tests en forma de rompecabezas esquizofrénicos cuanto más complejos mejor, adiestrándoles (“*training*”) en protocolos sociales, absurdos a veces y en otras menudeces y vericuetos que desestabilizan o perturban el sensorio, y que los directores de los departamentos de recursos humanos de las empresas y *consulting* aplican luego para seleccionar cuidadosamente el principal “activo” que tienen, entre aquellos que se adecuan al “perfil” buscado. Digo yo que lo del perfil será por la importancia estratégica que tiene la topografía en las empresas.

He podido comprobar por aproximación demoscópica en mi experiencia personal de campo, de qué manera muchos padres viven como obsesionados por esta realidad actual y llevan a sus hijos a colegios privados de gran postín, dejando una buena parte de la soldada en pos de su mejor educación, tratando de asegurar un futuro que es, por definición, conjetural como diría el influyente filósofo Popper. Y, aunque es cierto que los medios y recursos materiales son importantes para una buena educación, no la garantizan en modo alguno. El viejo contencioso dialéctico sobre enseñanza pública *versus* privada, cargado a menudo de connotaciones peyorativas y politizado su contenido las más de las veces, encuentra siempre quienes, desde la ignorancia y en ocasiones la mentecatez, alientan el debate de marras por un interés económico, el mantenimiento de un status social u otras razones quizá más peregrinas. La sagrada, por fundamental, labor de educar corresponde a padres y maestros y conlleva la responsabilidad, el compromiso y el conocimiento cabal de esta necesidad apremiante, que nace al margen del organigrama de un simple currículo o plan de estudios impuesto desde los poderes públicos. Porque la educación permite una forma superior de vivir en el mundo, de valorar la riqueza interior de las personas y el carácter efímero de las cosas, de ganar en asertividad, empatía y enriquecimiento personal. Algo que no tiene un refrendo material, sino de profunda autosatisfacción, que se vive y experimenta desde la felicidad del anonimato y la la convicción interior.